

Lorenzo Ariza, gozosamente distinto

LETRAS ARAGONESAS

El dios de la brisa

Lorenzo Ariza. Editorial Pez de plata. Barcelona, 2017. 280 páginas

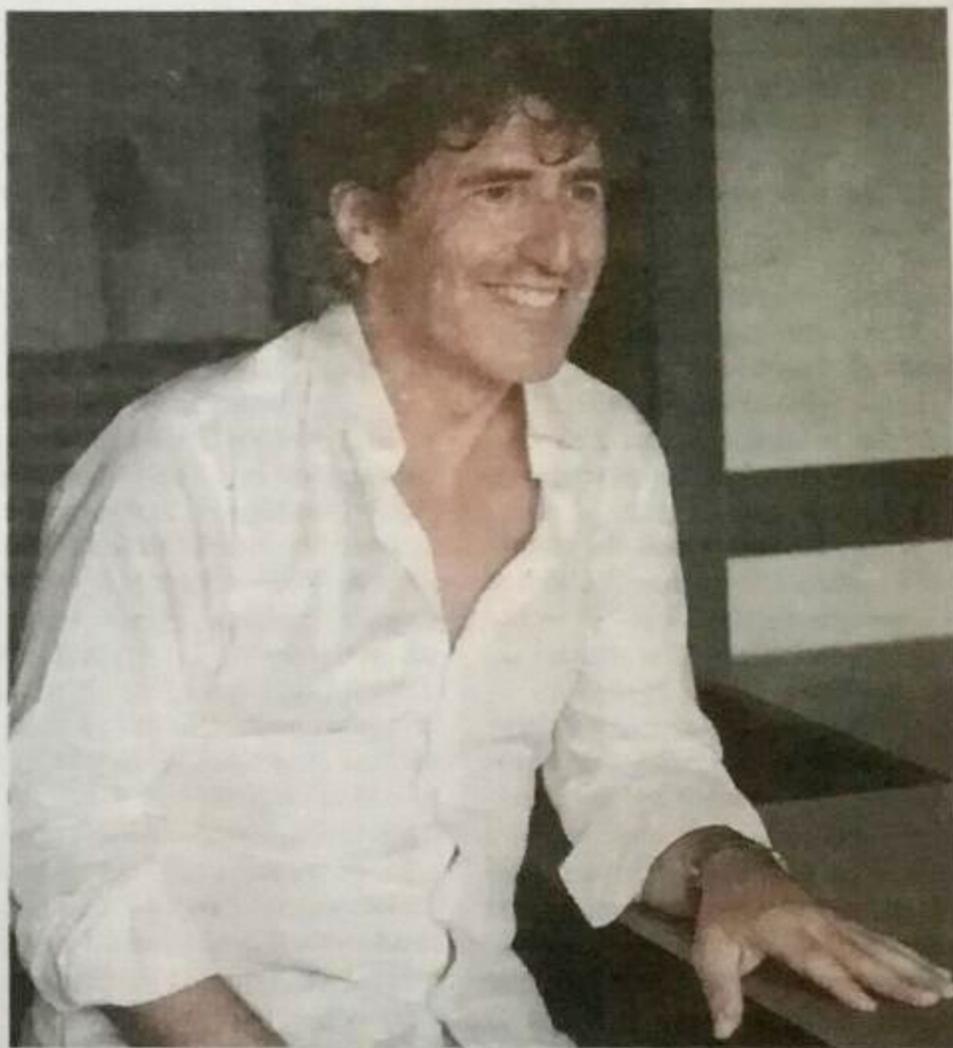
Tras 'Samsa', novela que exploraba el cono de sombra proyectado por La metamorfosis de Kafka, Lorenzo Ariza (Lumpiaque, Zaragoza, 1963) publica 'El dios de la brisa', ambas en la editorial Pez de Plata. En ella reaparece el tema de la metamorfosis. Jesús, el protagonista y narrador del relato, tras abandonar su trabajo y a su familia, a la espera de afrontar su transformación, se retira a un apartado granero donde vive en concupiscencia con una jauría de perros, todos ellos con nombres de músicos célebres excepto uno de ellos al que da el significativo nombre de Satán.

Sus únicos contactos humanos son Jan, un músico a quien cree implicado en el mismo proceso y con el que establece un pacto explícito de mutuo rescate y a la vez de mutua sospecha; Alguien, una especie de psicopompo que le mantiene comunicado con el mundo exterior, y Marcia, una

prostituta que trabaja en el club Diana, un prostíbulo de carretera. En tanto el proceso de la transformación va evidenciándose de un modo cruel en Satán, rebelde entre los ángeles y los perros, el protagonista va experimentando su propia metamorfosis, la sospecha en otros, se sabe vigilado, atisba indicios e interpreta signos en un opresivo clima de intriga que terminará llevándolo a un desenlace que dará cumplimiento a su destino mítico profetizado en sueños.

Para el narrador de la novela 'El dios de la brisa', la metamorfosis no es solo un proceso biológico o mitológico sino una alternativa a la farsa taxonómica de las especies, a la procreación y a la familia, al amor, a la ilusoria perpetuación, la ascendencia y la descendencia, todas ellas vías que llevan al ser a la muerte a través del tiempo.

Este principio subversivo se concreta o, cabría decir, desrealiza mediante el sueño, el olvido y la música como territorios de lo fabuloso, de lo irracional y también de lo monstruoso y estéril, y se encarna en un bestiario de seres híbridos, de semidioses inferiores, faunos y sátiros; un mundo numinoso, irracional y acaso dorado, fuera de la realidad y de



El narrador aragonés Lorenzo Ariza, residente en Barcelona. ARIEL JARTES

la historia, donde se preserva la pureza de los deseos que la razón condena.

La transformación de Jesús que, como la de su homónimo, tiene mucho de pasión volunta-

riamente aceptada, constituye una contrametáfora en el sentido en que traslada al terreno de lo real un proceso de transformación simbólico cuyo vehículo es el arte y la escritura, pero sobre

todo la música; la idea metafísica, sugerida en la obra, de una música capaz de sobrevivir no solo al oyente sino al propio universo, de una música capaz de colmar la nada.

Más allá de su posible consanguinidad con el género fantástico o la distopía o de cualquier tentación alegórica, 'El dios de la brisa' es ante todo una indagación sobre los límites del arte y su contigüidad con territorios imposibles como la muerte, lo inconsciente, los sueños, el delirio o lo mítico.

Todas las extrañas y sugestivas ideas que se conjugan en la narración, los mundos suprasensibles que evoca, así como las muchas referencias culturales, bíblicas y mitológicas, en especial al mito de Diana y Acteón, o a los territorios casi legendarios de la Karelia de Sibelius, o de Enderich, donde se hallaba el sanatorio en el que Schumann acabó sus días, y que da nombre al granero o lugar de las transformaciones, forman en la novela un sustrato poético que subyace a la sordidez de algunos pasajes narrados y que produce un contraste que la hace especialmente atractiva, lírica, sugerente pero, sobre todo, gozosamente distinta.

FRANCISCO J. LÓPEZ SERRANO